

Luis Daniel Beauperthuy:

Visionario de la medicina venezolana

“Pionero de la ciencia”, “Fundador de la Entomología en Venezuela”, “precursor de Finlay y de Pasteur”, son sólo algunos de los epítetos asignados a este personaje cuyo mérito abarca fundamentalmente dos aspectos: haber atribuido al mosquito la causa de la transmisión de la fiebre amarilla y haber ideado un tratamiento para la lepra que representó significativas esperanzas de cura en un momento histórico determinado por la vigencia de dogmas obsoletos y la escasez de recursos

Mérito a quien mérito merece

Quienes ingresen por la entrada principal del Instituto de Medicina Tropical de la Universidad Central de Venezuela, seguramente se toparán con el busto de un individuo llamado Luis Daniel Beauperthuy. Lamentablemente, muy poco le puede decir a sus observadores este trozo de bronce sobre la figura que representa. Apenas si ofrece algunas referencias relacionadas con su año de nacimiento y muerte, junto a una ligera semblanza física, la cual permite imaginarlo como un hombre de aire distinguido, cabellos engominados -impecablemente peinados hacia atrás-, y de una mirada muy serena, compañera perfecta del estoicismo que su recta y perfilada nariz le da a su expresión.

Los que se sientan intrigados por saber un poco más acerca de quién fue Beauperthuy, tal vez deberán internarse en alguna biblioteca y hojear en los libros de historia de la medicina venezolana o en alguna biografía suya elaborada hace más de 40 años, pues es difícil que Internet sea de utilidad para este fin. Sólo así, les será posible entender su relevancia como médico, investigador y por qué su rostro está colocado en aquel edificio.

En cuanto la búsqueda de información se intensifique, los curiosos posiblemente descubrirán, por ejemplo, que esta figura nació un 26 de agosto de 1807, en la Isla de Guadalupe, la cual forma parte de las Antillas Francesas. Asimismo, identificarán en la vocación científica de este personaje una suerte de herencia transmitida desde su abuelo -un médico cirujano-, pasando por su propio padre -químico y farmacéutico de alto prestigio (6, p.52), hasta llegar a este hombre de ciencia, a quien le correspondió continuar la zaga familiar no sólo en cuanto a la profesión seguida, sino también en la estima y aprecio que su personalidad generosa, don de gentes y pensamiento amplio supo ganarse con el tiempo (2, p.9).

Igualmente, los interesados podrán saber que a este antillano, a pesar de no ser originalmente de Venezuela, la medicina nacional de este país supo aceptarlo como hijo adoptivo. En efecto, de sus 64 años de vida, 29 los dedicó a trabajar en estas tierras. Precisamente, en ellas germinaron las ideas y teorías con las cuales se ganó el calificativo de precursor en varios ámbitos de la ciencia y la salud .

Uno de ellos, quizá el principal, está relacionado con sus trabajos e investigaciones sobre la fiebre amarilla, que le permitieron ser el primero en intuir cómo su contagio a seres humanos no se daba de persona a persona, sino mediante la picadura de un mosquito -conocido comúnmente como "patas blancas" - portador del virus causante de la enfermedad. Aquella hipótesis, más de veinte años después, sería definitivamente confirmada por el cubano Juan Carlos Finlay, luego de haber sido él quien completara el ciclo que explicaba, finalmente, el proceso de transmisión de dicho mal. Luego, entre 1900 y 1901, una Comisión Médico Militar Americana, conformada por Walter E. Reed, Jesé W. Lazear, James Carroll y Arístides Agramonte, aceptaron como válidas y definitivas las afirmaciones de Finlay.

Al respecto, vale la pena destacar lo expresado por Agramonte cuando se refirió a este hombre de ciencia: "Reclamo para Beuperthuy, el título de abuelo de la teoría del mosquito en la fiebre amarilla, ya que todos reconocemos al Dr. Finlay la paternidad de la doctrina moderna". (2, p.17)

Su labor en pro del tratamiento de la lepra también es otro de los aspectos que justifican la denominación de esta figura como un pionero. No en vano, fue uno de los pocos profesionales que supo rebelarse a los dogmas científicos de su tiempo y creer en sus posibilidades de cura. De hecho, este antillano ideó un método de sanación cuyos iniciales resultados, tras haber sido exitosos, fueron divulgados en varias partes del continente americano y europeo.

Algunos de sus biógrafos, como José María Llopis, lo han visto como un abanderado del periodismo científico en Venezuela, pues fueron numerosos los escritos que él llegó a publicar en la prensa de la época. A través de los mismos, este personaje explicó determinados fenómenos o acontecimientos relacionados con su especialidad, de manera detallada y minuciosa. Dicho proceder, generalmente respondía a peticiones hechas por los mismos dueños y directores de periódicos, quienes llegaron a considerarlo como una autoridad en materia científica y médica.

Quienes emprendan la investigación sobre la vida y obra de Beuperthuy, también podrán darse cuenta de que la misma está envuelta en una gran contradicción: a pesar de sus aportes todavía no se le ha dado a su figura una justa ubicación en el ámbito de los valores de la medicina venezolana. Este fue un alto precio a pagar por haber sido un hombre que estuvo muy por encima de la precariedad del ejercicio y conocimiento científico de aquel siglo y territorio donde le tocó desempeñar buena parte de su trabajo. Algunos institutos en Venezuela asumieron la tarea de reivindicarlo al darle a sus edificios su nombre. Tal es el caso del Instituto de Microbiología "Luis Daniel Beuperthuy" el cual funciona en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC) . No obstante, todavía queda mucho por hacer al respecto. Afortunadamente, todavía se está a tiempo para darle un reconocimiento mayor, al fin y al cabo, nunca es tarde para darle mérito a quien mérito merece.

Se siembra la semilla

Según Antonio Sanabria y Rosario Beuperthuy de Benedetti, autores del libro *Beuperthuy, ensayo biográfico* (3, p.18), La Facultad de Medicina ya existía en París antes de la Revolución Francesa de 1789, pero se caracterizaba por funcionar de una manera bastante precaria: " ...ella se limitaba a conferencias en latín y discusiones acerca de Hipócrates, Galeno o algún autor árabe. La enseñanza en el Colegio de Cirugía era también pobre. Los cirujanos eran entrenados por aprendices. Los títulos podían ser comprados. La Facultad de Medicina (...) era un cuerpo muerto".

No fue sino hasta los últimos años del siglo XVIII cuando este panorama comenzó a experimentar mejoras más acordes con el progreso cultural y científico de aquel tiempo. En este sentido, tres nuevas escuelas médicas fueron creadas, las enseñanzas meramente teóricas cedieron su privilegiado puesto a las actividades prácticas con pacientes, concentrándose las mismas en los aspectos anatómicos y quirúrgicos. También se unificaron los estudios de Medicina con los de Cirugía, fueron promovidos concursos de oposición para la contratación de profesores y se luchó porque éstos trabajaran a tiempo completo, entre otras transformaciones.

Precisamente, este fue el contexto que recibió a Luis Daniel Beuperthuy cuando su familia lo envió a París, en 1822, para que realizara los estudios con los cuales ejercería en el futuro su profesión de

médico e investigador. Fue así como obtuvo los títulos de Bachiller en Letras (1829) en la Universidad de Francia y luego el de Doctor en Medicina (1839) en la Facultad de Medicina de esa misma ciudad.

Complementario a su formación académica, Beauperthuy tuvo la oportunidad de atender pacientes en hospitales como el Hotel Dieu, hacer investigaciones en el Museo de Historia Natural o **Museum** y asistir al College de France. Asimismo, tomó clases particulares de microscopía, gracias a las cuales aprendió a manejar lo que posteriormente fue un instrumento indispensable de trabajo. En efecto, gracias a las observaciones de excrementos, secreciones, muestras de sangre, etc. con su microscopio acromático "Vincent Chevalier" pudo elaborar las teorías que lo colocan en un sitial de honor en la medicina venezolana.

Mas su preparación estudiantil debió ser interrumpida en 1834 -presuntamente por motivos económicos-, pues a solicitud del padre tuvo que viajar a la parte oriental de Venezuela, junto a su hermano mayor Felipe, para instalar una compañía familiar. El tiempo allí transcurrido, lejos de representar un momento de ocio en la vida de esta figura, por el contrario, fue uno de los más provechosos: lo invirtió en recorrer casi todo aquel territorio y observar cómo las condiciones climáticas y geográficas de un lugar determinaban las características de sus habitantes (actividades productivas, condiciones de salud, hábitos alimenticios, etc). También, logró hacerse de una colección de insectos y plantas, que él posteriormente donó al **Museum** (1837), institución en la cual trabajaba como agente, desde sus primeros años como estudiante de Medicina.

A finales de 1835, el joven antillano regresó a la Ciudad Luz para culminar su formación académica. Ésta, se vio coronada con la presentación de su tesis titulada *De la Climatologie* (La Climatología). Puede afirmarse que este escrito fue el fruto de su primera experiencia en suelo venezolano y en ella ya es posible identificar las bases de sus futuras teorías. Sobre este punto, José María Llopis en su obra *Luis Daniel Beauperthuy* (5, p. 26), destaca lo siguiente:

...para el año de su Tesis, (...), que hubo de juzgar el gran Velveau, tesis que tuvo por motivo y título ' La Climatología', habla por primera vez de la sarna como enfermedad parasitaria, y siendo desde luego también el primero que hubo de sentar este concepto: 'En cada sitio, se imprime al hombre que en él nace o habita, desde cierto tiempo, un sello particular; el hombre, como los animales y los vegetales sometidos a leyes que rigen el universo, sufren constantemente sin embargo la influencia de los elementos que le rodean; por lo que, EL HOMBRE - afirma - ES UNA PRODUCCIÓN DE LA TIERRA'. Y añade: ' De todos los modificadores de la economía humana el más potente es el clima'.

Una vez graduado, Luis Daniel Beauperthuy le solicitó al Museo de Historia Natural que lo enviara de vuelta a Venezuela en condición de "viajero-naturalista" para así continuar con la observación y recolección de especímenes, emprendida en su primer viaje. A cambio, este hombre de ciencia se comprometía a enviarle a la institución, periódicamente, muestras de animales y plantas, contribuyendo así con el incremento de la colección de aquella institución. Lo que ni el **Museum** ni el mismo Beauperthuy sabían era que aquella estadía, en un principio temporal (unos tres años aproximadamente), se convertiría en 29 años de una fructífera e intensa labor tanto científica como médica.

Venezuela adopta un hijo

Una vez aprobada la petición de Luis Daniel Beuperthuy, hecha al Museo de Historia Natural de París, éste parte de Francia en 1838 para su tierra natal, la Isla de Guadalupe, en la que permaneció algunos meses. Luego, en el año 1839 llegó a Venezuela para iniciar formalmente su trabajo como viajero naturalista del Museum. Pero no fue sino hasta 1841 cuando decidió instalarse definitivamente en dicho país, haciendo de la ciudad de Cumaná, actual capital del Estado Sucre (ubicada en la región nororiental), su hogar definitivo.

Sus labores como investigador, médico y recolector de especies animales y vegetales no fue el único punto de atención en la mente de Beuperthuy, pues aquellos parajes también fueron propicios para que conociera el amor. De hecho, un año después de haberse instalado en ellos, exactamente el diez de noviembre de 1842, contrajo matrimonio con Ignacia Sánchez Mayz, quien le dio tres hijos. Ella fue una de las razones por las cuales la proposición de viaje realizada por el antillano, cuya duración estaba estimada para tres años, terminó convirtiéndose en el resto de una vida dedicada a la ciencia y a la salud.

Para este personaje no fue fácil llevar a cabo las tareas que le correspondían como agente de la institución francesa antes mencionada, pues a las dificultades implicadas, ya de por sí, en el envío de los elementos de flora y fauna prometidos, se sumó el incumplimiento en los pagos que dicha instancia debía hacerle por la realización de su trabajo.

La carencia de recursos económicos le obligó a dedicar una buena parte de su tiempo a otras actividades, más involucradas con el ejercicio de la medicina, en diversas ciudades venezolanas tales como Barcelona, Maturín, Caracas e incluso en la Isla de Guadalupe, su lugar de nacimiento. Al respecto, Ricardo Archila (2, p.8), en su libro *Beuperthuy, revisión de una vida*, señaló lo siguiente:

Beuperthuy revalidó su título de médico en nuestra Ilustre Universidad (Universidad de Caracas, actualmente, Universidad Central de Venezuela), según consta en el documento que le fue expedido por el Tribunal de la Facultad Médica con fecha veinte de mayo de 1844 (...) Beuperthuy fue en varias oportunidades miembro integrante de las Juntas Locales de Sanidad; en 1859, lo designaron Médico Cirujano Mayor del Ejército en el Estado Federal de Cumaná; Médico de los Pobres y Desvalidos en 1865 y Médico del Hospital de Lazaros en 1867. En 1853 y 1854, era médico de ciudad, época de martirio para Cumaná cuando fue arrasada por espantoso terremoto y azotada, sucesivamente, por terribles epidemias de fiebre amarilla, viruela y cólera. Entre el afecto de su honorable hogar, la pasión incontenible por su microscopio, el desempeño de los cargos citados y los estudios escudriñadores acerca de la fiebre amarilla, la lepra y otras enfermedades de no menor importancia, discurrió el tránsito de Beuperthuy por Cumaná hasta 1870...

Todo el tiempo que este hombre de ciencia estuvo dedicado a sus obligaciones profesionales (aproximadamente quince años), fueron para él una suerte de caldo de cultivo que le permitió formular una de las teorías por las cuales es más reconocido y admirado, , actualmente: que el mosquito era el elemento responsable de la transmisión de la fiebre amarilla, pues éste al introducir su aguijón en la piel humana bombea parte de su sangre (infectada con el virus responsable de dicha afección), y la mezcla con la de la persona a quien pica. La importancia y el valor de tal afirmación, fruto de detenidas

observaciones en su microscopio anacrónico "Vincent Chevalier", viajes, trabajos para combatir las epidemias desatadas, etc., es reconocida nuevamente por Archila (2, p.12) cuando afirma:

...contrariamente a todos sus contemporáneos y a los sistemas científicos vigentes entonces, Beuperthuy elaboró su propia hipótesis, según la cual la mayoría de las enfermedades obedecían a la presencia de parásitos, los que eran transmitidos, casi siempre, por la inoculación insectil. Quizá pueda criticársele su excesiva generalización, de tal manera que en él era casi un impulso predominante la creencia de que todas las enfermedades eran parasitarias, propiamente dichas, o eran producidas por virus o venenos vegetales o animales, inoculados en la economía por mosquitos. No obstante, a la luz de los conocimientos actuales, no anduvo del todo extraviado el humilde y preterido sabio de Cumaná, por cuanto son hoy realidades comprobadas la existencia de procesos patológicos causados por parásitos, la transmisión de un gran grupo de enfermedades por medio de mosquitos, siendo además admisible el hecho de numerosas transmisiones de infecciones por insectos varios, moscas, mosquitos, pulgas, piojos, chinches, etc., y en lo relativo a la fiebre amarilla selvática, su propagación por más de una especie de mosquito. ¡Para verdades, el tiempo!

Luis Daniel Beuperthuy no sólo dio con la causa de dicho padecimiento. También elaboró algunas sugerencias que permitirían controlarlo, una vez adquirido, y evitar su dispersión en centros poblacionales. Fue así como propuso la eliminación de los depósitos de agua, los cuales consideraba propicios para la cría de este tipo de insectos, el empleo de mosquiteros para impedir las picaduras y los tratamientos a base de quinina.

Sus formulaciones acerca del paludismo fueron definitivamente elaboradas a raíz de una epidemia (de dicha enfermedad) desatada luego del terremoto ocurrido en Cumaná en 1853. Un año después, 1854, fueron dadas a conocer en la Gaceta Oficial de dicha localidad. Posteriormente, Beuperthuy le envió a la Academia de Ciencias en París una memoria en la que comentaba con detalle sus planteamientos. Pero, la misma no fue del todo bien recibida; y no es para menos: con ella se daba al traste con el dogma científico que atribuía a los miasmas la transmisión de algunas enfermedades. Uno de sus principales defensores, y a la vez, opositor de este personaje, fue el médico de la Marina Francesa J.M.P. Brassac. De acuerdo con lo explicado por Ceferino Alegría (1, p.122) en *Historia de la Medicina en Venezuela* dicha teoría atribuye la adquisición de ciertos males a "...efluvios provenientes de las materias vegeto-animales descompuestos...", las cuales "...se difunden en el aire con más o menos intensidad según ciertas predisposiciones individuales...".

Además de sus trabajos científicos, este médico antillano también se desempeñó como profesor de anatomía, entre los años 1850 y 1852, cuando se establecieron los estudios de medicina en el antiguo Colegio Nacional de Cumaná. También fungió como agente consular del gobierno de Francia e incluso bregó por mejorar los procedimientos con los que se obtenían sal, en la localidad sucrense de Araya.

Una esperanza para los enfermos de lepra

Los biógrafos de Luis Daniel Beuperthuy aquí citados coinciden al destacar de su personalidad dos cualidades, principalmente. La primera, es su vocación científica, que lo ayudó a proseguir con sus investigaciones a pesar de los dogmas vigentes en aquel momento, responsables de que sus

descubrimientos en torno al mosquito como agente transmisor de la fiebre amarilla, no fueran debidamente reconocidos, y las precarias condiciones bajo las cuales era practicada la medicina en Venezuela debido al atraso en conocimientos y escasez de recursos económicos.

La segunda, es su carácter generoso, pues dichos autores afirman que en más de una oportunidad Beuperthuy prestó sus servicios profesionales de manera gratuita, ganándose así el aprecio, cariño y respeto de la población de Cumaná.

Probablemente, dichos rasgos se hagan más evidentes si se estudia la labor de este hombre de ciencia en torno al tratamiento de la lepra. Precisamente, vocación y generosidad fueron requeridas en altas dosis para hacerle frente a numerosos prejuicios errados -mantenidos por siglos- en torno a este padecimiento. Fue así como, el médico antillano se atrevió a creer con firmeza en las posibilidades de cura del mismo y en proponer incluso un tratamiento propio para demostrar tal afirmación.

Ricardo Archila (2, p.21) en su obra *Beuperthuy, revisión de una vida*, ofrece algunas ideas acerca de como este personaje concebía la elefantiasis:

...No compartió de modo absoluto la teoría de la transmisibilidad hereditaria de la lepra, aun cuando aceptó la existencia de las heredo-predisposiciones individuales que favorecen el desarrollo de la afección en los hijos de leprosos; fue hostil al matrimonio entre los leprosos; un partidario del contagio de dicha enfermedad, y en punto a su naturaleza y transmisión, un precursor al conjeturar que los lepomas eran causados por gérmenes, añadiendo que estos procedían de la inoculación exterior, sin la cual no se desarrollaba la afección. Sin embargo, pese a la perspicacia de tales conceptos, lo descollante en la labor leproológica de Beuperthuy, digno de la mayor admiración, no consistió tan sólo en sus ideas científicas sobre el particular, sino en su asombrosa voluntad...

Los planteamientos de Luis Daniel Beuperthuy al respecto comenzaron a ser publicados en la *Gaceta Oficial de Cumaná*, a partir del año 1867 y fueron recopilados en su monografía titulada *Travaux Scientifiques* (Trabajos Científicos). Estas obras, junto a los positivos resultados obtenidos con la aplicación de su método de curación en los pacientes cumaneses, contribuyeron a que la fama no lograda con sus trabajos en torno a la fiebre amarilla fuera alcanzada, finalmente, en esta nueva etapa de su existencia. De hecho, desde distintos puntos de Venezuela y otras naciones, entre ellas la isla de Trinidad & Tobago, llegaron pacientes, los cuales veían a Beuperthuy como su única esperanza de eliminar de sus cuerpos aquel mal. También, en varias oportunidades, fue llamado de la ya referida isla para que atendiera personalmente algunos casos. A esto debe agregarse que el gobierno de Cumaná lo designó como médico del Hospital de Lazaros de aquella ciudad.

Los logros de este antillano fueron incluso referidos por la prensa internacional en Francia, Inglaterra e Italia, entre otras, aumentando de esta forma el prestigio ya alcanzado en tierras americanas. Por esta razón, el gobierno inglés y francés enviaron, cada uno, un representante a Venezuela para que constaran lo que se comentaba en torno a la labor del médico antillano como leprólogo. Ellos fueron los doctores Bekewell (llegó el 12 de mayo de 1869) y Brassac (arribó el 23 de mayo del mismo año). Cabe destacar que este último había sido uno de los principales opositores a la teoría beuperthuiana sobre el mosquito y su relación con el paludismo. Afortunadamente, en esta ocasión, sus comentarios fueron más favorecedores. De hecho, los tres hombres acordaron elaborar un documento en el cual oficialmente se

recomendara la aplicación del tratamiento practicado por este hombre de ciencia en los países de donde provenían ambos delegados.

El año 1871 fue decisivo para esta figura, pues en aquella fecha recibió un llamado, de parte del gobierno de Guayana, para que se hiciera cargo del primer Hospital Experimental para la terapia de la lepra, el cual iba a construirse en la isla de Kaow, ubicada en la confluencia de los ríos Mazaruni y Esequibo, en la región oriental de aquella nación. Lamentablemente, quienes recibieron atención en aquella institución pudieron disfrutar muy poco de sus cuidados y presencia. A los seis meses de haber partido hacia su nuevo destino, murió víctima de una apoplejía fulminante, un 3 de septiembre de ese mismo año, tal como afirma Ceferino Alegría, autor del libro Historia de la Medicina en Venezuela.

De esta manera, quien se haya sentido invitado a indagar sobre qué representaba el busto de aquel hombre de cabellos engominados, peinados impecablemente hacia atrás, de mirada serena y nariz recta, y haya conocido todos estos aspectos de su vida y obra, podrá comprender que el Instituto de Medicina Tropical de la Universidad Central de Venezuela tuvo sobradas razones para rendirle tributo a este personaje el cual bien merece ser considerado un visionario de la medicina venezolana.

Bibliografía

- 1.**ALEGRÍA, Ceferino:** Historia de la Medicina en Venezuela. Apuntes, Caracas, 1963. p. 122
- 2.**ARCHILA, Ricardo:** Beauperthuy, revisión de una vida. Imprenta Nacional, Caracas, 1954. pp.8, 9, 12, 17, 21
- 3.**BEAUPERTHUY DE BENEDETTI, Rosario y SANABRIA, Antonio:** Beauperthuy, ensayo biográfico. Ediciones Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, Oficina de Publicaciones, Biblioteca y Archivo, Caracas, 1969. p. 18
- 4.**CENTRO HISTÓRICO SUCRENSE** Homenaje al Doctor Luis Daniel Beauperthuy. Editorial Renacimiento, Cumaná, Venezuela, 1954.
- 5.**LLOPIS, José María:** Luis Daniel Beauperthuy. Imprenta Nacional, Caracas, 1959. p. 5
- 6.**LLOPIS, José María:** Luis Daniel Beauperthuy (Crónicas de una vida). Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, Caracas, 1965. p. 52